

¿UN “MENSAJE” PARA CHILE?*

Antonio Moreno Casamitjana
Arzobispo de la Sma. Concepción.

El “Mensaje de su Santidad Juan Pablo II para la Cuaresma del 2001” obviamente va dirigido a todo el mundo, pero su contenido debe movernos, a los chilenos, a una profunda reflexión.

Es un mensaje de Cuaresma, tiempo para examinar con sinceridad la propia vida y las intenciones y motivaciones más profundas de nuestros actos. Es el tiempo para que la palabra de Dios, escuchada con sencillez, en espíritu de oración frente a él, nos descubre las “vigas” que tenemos en el ojo y nos impiden ver con claridad, y así podemos encontrar el camino verdadero que nos libre del desastre.

El Papa nos llama a “confrontarnos con la verdad del Evangelio”, evitando convertir sus exigencias en fraseología inocua. Es lo que sucede muchas veces con el mandamiento del amor, que (con razón) se proclama como el resumen del contenido de toda la Revelación, pero olvidando que se trata de amar como el mismo Cristo nos ha amado, lo que implica amar a los enemigos y hacer bien a los que nos odian (Lc. 6,27).

Las afirmaciones del Papa son categóricas: “los sucesos humanos de cada día sacan a la luz, con gran evidencia, cómo el perdón y la reconciliación son imprescindibles para llevar a cabo una real renovación personal y social”. Estos sucesos humanos de cada día son los que oponen a pueblos contra pueblos y dividen a una misma a nación entre grupos y fracciones que ejercen entre si una violencia que parece “imparable”.

* Artículo publicado en el diario El Sur de Concepción, el 28 de febrero de 2001.

Esta evidencia es la que nos hace sentir que en las entrañas de la historia se esconde un misterio. Todos los "auspicios de paz, que se elevan de todas las partes del mundo, resultan ineficaces: el compromiso necesario para encaminar la concordia deseada no logra afianzarse".

Ante este hecho, el cristiano sabe lo que hay que hacer: "purificar la memoria", reconociendo la existencia del pecado ante quién, por pura misericordia, lo puede eliminar de nuestras vidas; y, junto con ello, purificar el corazón, porque el que ha implorado y recibido el perdón de Dios no puede seguir odiando a sus hermanos.

El Santo Padre es tajante (como lo son las palabras de Cristo, o las de los mandamientos del Dios de Israel): "El único camino de la paz es el perdón. Aceptar y ofrecer el perdón hace posible una cualidad de relaciones entre los hombres, interrumpe la espiral de odio y de venganza, rompe las cadenas del mal que atenazan el corazón de los contrincantes. Para las naciones en busca de reconciliación y para cuantos esperan una coexistencia pacífica entre los individuos y pueblos, no hay más camino que éste: el perdón recibido y ofrecido".

El Papa da por descontado que este amor no es fácil. Nadie ha dicho nunca que el camino de salvación que Cristo vino a ofrecer a todo hombre sea fácil. Jesús habló de "nacer de nuevo"; y si nacer ya es un acontecimiento traumático, nacer de nuevo lo es mucho más, porque hay que empezar por "negarse a si mismo".

La conclusión del Papa no deja lugar a ambigüedades: "En nuestro tiempo, el perdón aparece principalmente como dimensión necesaria para una auténtica renovación social y para la consolidación de la paz en el mundo". Estas no son enseñanzas académicas. Son palabras urgentes proféticas en el más pleno sentido, dirigidas a los hombres de nuestro tiempo como la única verdad que puede salvarnos. Puede parecer duro decirle la verdad a un enfermo, pero en saber cuál es el mal que lo aflige y el tratamiento que debe seguir está su única esperanza. Así también, "la Iglesia, anunciando el perdón y el amor a los enemigos, es consciente de introducir en el patrimonio espiritual de la entera humanidad una nueva forma de relacionarse con los demás, una forma ciertamente fatigosa, pero rica en esperanza".

Esto no es olvidarse de la justicia. Es tomar conciencia de que en la búsqueda de la justicia siempre tiene que estar presente la misericordia, el amor al otro, incluso al que ha sido injusto con nosotros. Es comprender que la justicia sin la misericordia no puede ser fundamento de la paz, y que hay situaciones en las que las posibilidades de la justicia humana son tan débiles o se agotan hasta tal punto, que la paz deseada queda exclusivamente en manos de la misericordia, que es el nombre del amor que ofrece y acepta el perdón. Es ese amor que San Juan llama "hasta el fin" o "hasta el extremo" (Jn 13,1).

Con ocasión de la investidura cardenalicia de Mons. Francisco Javier Errázuriz, todo Chile, representado por autoridades de alto nivel ha expresado una vez más la devoción filial que una gran mayoría profesa al Santo Padre Juan Pablo II, y el respeto que todos tenemos hacia su persona y su magisterio. Su mensaje de Cuaresma nos da la oportunidad para mostrar que esa devoción al Papa es más que un vago sentimiento o un acto protocolar, asumiéndolo como una palabra nueva que, con la gracia de Dios, nos llama a todos urgentemente a renovarnos en nuestros corazones.